



Bill Hillmann

Corriendo con Hemingway

Un mozo americano
en los sanfermines

Corriendo con Hemingway

Bill Hillmann

Un mozo americano en los sanfermines

Traducción de Paula Aguiriano

ediciones península

Título original: *Mozos*

© Bill Hillmann, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2016

© de la traducción del inglés: Paula Aguiriano Aizpurua, 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
REIMBOOK - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 9.780 - 2016
ISBN: 978-84-9942-521-4

ÍNDICE

Prólogo, por JOHN HEMINGWAY	9
1. Aquella primera vez (2005)	13
2. Cuadrilla (2006)	39
3. Batalla campal (2008)	63
4. Capuchino (2009)	83
5. Suelto (2010)	109
6. Fuga (2011)	125
7. Retorno (2012)	141
8. La búsqueda	165
9. Durmientes (2013)	197
10. La herida del millón (2014)	223
11. Los regalos de Juanpe	247
Epílogo	265
Agradecimientos	269

AQUELLA PRIMERA VEZ

2005

INMERSIÓN

Antes de empezar a correr los encierros, mi vida era un completo desastre. Sigue siendo un desastre, pero por aquel entonces era completo.

A los veinte años, las autoridades me encerraron por defenderme de tres niños ricos que habían humillado a mi novia. Herí muy gravemente a uno y me condenaron a tres meses en la prisión del condado, donde dos de los guardias abusaban de los reclusos. Esa experiencia me enfureció y me apartó de la sociedad. Me sorprende que consiguiera volver a ella.

En el verano de 2005 vendía cocaína en mi estudio del barrio de Edgewater, en el North Side de Chicago, y trabajaba en mi primera novela. Los Latin Kings de Little Village me pasaban más de diez gramos unas dos veces al mes para que las distribuyera; era como escribir con una beca.

Conocí al novelista Irvine Welsh (famoso por *Trainspotting*) en los alrededores del estadio de los White Sox, en el South Side, gracias a un amigo en común del mundo del boxeo de la ciudad, Marty Tunney. Irvine y yo nos hicimos buenos amigos, y me invitó a su boda en Dublín. Y si uno de los mejores escritores del mundo te invita a su boda, vas.

Me maté a trabajar y reuní el dinero para el vuelo. La boda de Irvine sería a finales de junio.

Fiesta fue la primera novela que leí de cabo a rabo, y recordaba que los encierros de Pamplona se celebraban a mediados de verano. Encontré un vuelo de Dublín a Madrid por sesenta dólares.

Con veintitrés años, estaba deseando vivir aventuras y dependolarme. Me consideraba un auténtico experto en la cama. En realidad no ligaba mucho, aunque alternaba periodos de varias semanas en los que disfrutaba de una mujer distinta cada noche con sequías de seis meses en las que mantenía una relación muy íntima con la palma de la mano derecha.

Todo había salido bien. Estaba sentado en la terminal del O'Hare International esperando mi vuelo. Una mujer castaña muy sexy se sentó frente a mí. Nuestras miradas se cruzaron varias veces y, cuando salí a fumar, me siguió. Surgió la conversación. Era francesa y tenía mal carácter. Empecé a coquetear con ella. Le gustó. Tenía los ojos marrones claros y un buen culo. Embarcamos juntos y se sentó un par de filas detrás de mí. Era uno de esos aviones de nueve asientos: cinco en el centro y dos en las ventanillas. Mi plaza estaba en la ventanilla y no había nadie al lado.

Una vez que todo el mundo se instaló, vi que una azafata de gesto severo acompañaba a una mujer obesa hacia mí. Recorrían las filas con la mirada en busca de un sitio libre. Me giré e hice señas a la francesa, que corrió a sentarse a mi lado. Nos pusimos a hablar entre risitas tontas. El vuelo duraba diez horas. Nos bebimos un par de esas botellitas de vino y la cosa se puso interesante.

En algún punto sobre el Atlántico nos unimos al Club de las Alturas, pero una azafata malvada nos interrumpió y amenazó con separarnos. No eran más que celos. Nos rendimos y pasamos el resto del viaje haciéndonos carantoñas. Lo cierto es que estaba empezando a gustarme. Olía muy bien y al final sacó incluso su

lado dulce. La invité a la boda, pero me dejó tirado en el aeropuerto de Dublín. La busqué por la terminal durante una hora, sediento de amor, hasta que decidí renunciar a aquella zorra.

Paseé por Dublín con Irvine y conocí a su padrino, Johny Brown, locutor de radio, poeta y cantante de The Band of Holy Joy. Le manché la camisa de Guinness y me hizo ir a buscar un trapo. Se lo llevé, pero tenía una pinta en cada mano y me pidió que se la limpiara. Me eché a reír y lo hice. Nos hicimos amigos enseguida. Me dijo que algún día debía ir a leer algunos de mis relatos a su programa de radio en Londres. No le creí, pero le dije que contara conmigo.

La boda de Irvine fue la bomba. Se celebró en la casa del gobernador o algo así. Era una amplia sala de baile con techos altos y terraza. Conocí a unos cuantos personajes que parecían recién salidos de los libros de Irvine, un par de *booligans* legendarios de Edimburgo; uno era una mole de unos ciento cincuenta kilos, con una cabeza enorme y una tremenda cicatriz en la cara. Llevaba un ojo de cristal, que remplazaba al que había perdido en un pequeño malentendido en los bajos fondos, con una espada samurái incluida.

Mi regalo de boda para Irvine fue un borrador de mi libro: un gesto estúpido y engreído. Era pura basura. Unos meses después lo tiré todo y me disculpé.

Nunca olvidaré la imagen de mi amigo bailando con su reciente esposa, Beth, hasta bien entrada la noche. Hubo un momento en el que todo el mundo formó un gran círculo a su alrededor. Irvine y unos pocos amigos se cogieron de las manos y saltaron arriba y abajo. La cabeza afeitada de Irvine irradiaba felicidad; una enorme sonrisa se le dibujaba en la cara. Todos aplaudían y gritaban en torno a ellos. Jamás he conocido a nadie con la capacidad para experimentar pura alegría que tiene ese hombre.

Había estado cruzando miradas con una de las amigas de Beth, con la más sexy de todas. Un tipo delgado de melena lisa

rubia pajiza empezó a flirtear con ellas. No le di importancia, porque ellas eran veinteañeras y él tenía la edad de Irvine, pero sin ser Irvine Welsh. Cuando fui al baño, estaban tonteando un poco. De repente me lo encontré al lado mientras me lavaba las manos. Me llamó *poof*. Era una palabra británica, pero yo sabía que significaba «maricón».

No quería pelearme con un amigo de Irvine, pero estaba a punto de golpearle cuando empezó a hablarme de todas las bellezas que se había tirado a lo largo de su vida. Modelos, millonarias, famosas, realeza, todo lo que pudiera uno imaginar. Entonces, al ver su aspecto curtido y atractivo, y su cabello grasiento, me di cuenta de que aquel debía de ser el puto Sick Boy, o al menos una de las personas que lo inspiraron. Parecía estar intentando intimidarme y alejarme de las chicas. Me limité a sonreír; puede que follara con princesas en los ochenta, pero desde luego ese chulo no iba a llevarse a una tía que llevaba toda la noche haciéndome ojitos. Acabé yendo a un bar con ella y unos pocos amigos. Sick Boy apareció, pero dejó el rollo competitivo y resultó ser un buen tío. Me cayó muy bien. Me llevé a la chica al hostel mientras Sick Boy seguía de fiesta con sus amigas. Le deseé suerte y me guiñó un ojo cuando me marchaba.

A la mañana siguiente me despedí temprano de la chica con un beso y me subí a un avión con destino a Madrid.

El 6 de julio tuve suerte y conseguí la última plaza de un autobús a Pamplona. Cuando entramos en Navarra, un control de la policía nos paró. Un agente con un fusil M16 al cuello se subió al bus. Todo el mundo había estado cantando y de pronto enmudeció. El poli, con su uniforme azul, recorrió lentamente el pasillo clavando la mirada tras sus gafas oscuras en cada uno de los pasajeros. Todos apartaron la cara. Tenía pinta de sádico. Decidí devolverle la mirada. Vino directo a mí y me pidió el pasaporte. Lo rebusqué y me di cuenta de que iba en la bolsa en el maletero. Alguien le preguntó algo y se

giró. Quise decirle lo del pasaporte y un español me hizo callar. El agente salió del autobús. ETA, una sigla que se traduce como «Patria Vasca y Libertad», aún tenía mucha actividad en Navarra. El movimiento militante y separatista vasco, que considera que esta región es una nación soberana, tiene un largo historial de lucha terrorista y está firmemente alineado con otras organizaciones separatistas, como el IRA y los zapatas. Históricamente, ETA ha utilizado los sanfermines como escenario de pequeñas revueltas, aunque ninguna tan infame como los disturbios que acabaron con las fiestas en 1978. Los cantos se reanudaron en cuanto el autobús se alejó lentamente del control. Todo el mundo gritó de alegría cuando entramos en la vieja estación de Pamplona.

La ciudad entera vibraba. Habían pasado varias horas desde el chupinazo, la escandalosa ceremonia que da comienzo a las fiestas. Vagué por las callejuelas adoquinadas, en las que los balcones se alzaban cinco o seis pisos a ambos lados. Había estado en el Mardi Gras de Nueva Orleans varias veces, pero Pamplona durante las fiestas es diez veces más salvaje, y su parte vieja es cinco veces mayor, más antigua y más bonita que el Barrio Francés. La gente en los sanfermines no tiene ese tufillo de estar de vuelta de todo que tienen los jóvenes que van a Nueva Orleans a desmadrarse. También hay una décima parte de la violencia que se vive en aquellos carnavales; estas fiestas son una locura pacífica. Da la sensación de que la cultura de esta antigua ciudad sigue viva e intacta. Las bandas de las peñas recorren las concurridas calles y no esperan que te apartes para observarlas, sino que están deseando que te unas. Te agasajan y entras a formar parte de ese grupo que desfila y baila por las calles cubiertas de basura.

Busqué sitio para dormir, una misión imposible. Todas y cada una de las habitaciones de la ciudad se reservan con seis meses de antelación, a no ser que conozcas a alguien. Y yo no conocía a nadie en todo el país.

Me enteré de que en una escuela te guardaban el equipaje por cinco euros. Decidí llevar encima todo el dinero, porque imaginé que los tipos que registraban las maletas me robarían. Me eché a las calles y me sumergí en el ambiente. Pedí una jarra de plástico de sangría y paseé por la zona. La belleza épica de las mujeres del norte de España me dejó mudo; su piel de porcelana y sus ojos oscuros flotaban entre el caos como espíritus cristalinos. Me abrí paso a empujones a través de una calle abarrotada que desembocaba en la inmensa explanada de la plaza del Castillo. Estaba llena de miles de borrachos enfundados en pañuelos y fajines rojo intenso que se habían empapado las blanquísimas camisetas y pantalones durante el desenfreno del chupinazo.

Me perdí, como debe hacerse la primera vez que uno va a los sanfermines. Sumérgete en ese laberinto circular de calles oscuras. Deja que la música te lleve. Persigue los ojos brillantes y la risa. Disfruta de la sangría que te caiga sobre la cabeza ebria. Acepta la bebida a la que te inviten. Bésate y baila con cualquier mujer dispuesta a ello. No tengas miedo de las fuertes explosiones ni de los vasos que se rompan; aquí no anuncian violencia, sino que son ruido de fondo, signos de puntuación a alegres discursos. La única falta que puedes cometer aquí es enfadarte por algo, y la única consecuencia será que te abucheen y te ignoren. Pero es algo momentáneo, porque en cuanto sonrías eres inmediatamente invitado de nuevo a la fiesta. Con los años he aprendido que debes darlo todo a una fiesta que nunca te arrebatará nada, pero eso sería más adelante. Bebí durante diez horas seguidas. Pensé que debía dormir un rato para poder correr el encierro, pero tenía miedo de los carteristas; intenté descansar subido a un árbol, pero una pelea debajo de mí me despertó. Conocí a un estadounidense que estudiaba en Pamplona y me dijo que me ayudaría a meterme en el encierro. Recorrimos la ciudad hasta el ayuntamiento. Los empleados municipales estaban

colocando el vallado e intenté ayudarlos. Levanté un tablón, pero un policía me echó. Esperé en la calle, tambaleándome y aburrido. Alguien dijo que el encierro comenzaba en dos horas, así que me eché una siesta.

Me quedé dormido en el lateral de un edificio y, mucho después, me desperté con un gran estruendo de vítores y tres tíos meando en la pared demasiado cerca de mí. La luz matutina asomaba sobre los tejados de las casas. Corrí hacia el atestado vallado, me abrí paso entre la gente y escalé los tablones justo a tiempo para ver cuatro novillos pasando a empellones. Recuerdo que dije indignado: «Eso no son más que vacas» mientras trataba de pasar por encima de la barrera. Una agente de policía se acercó y golpeó con la porra con todas sus fuerzas a un par de centímetros de mi mano.

Me quedé inmóvil. Los animales desaparecieron y el encierro acabó.

No había logrado correr y sentí una desolación que espero no volver a experimentar jamás.

Me quedé dormido en un portal y me desperté sin un solo euro en el bolsillo. Me tambaleé hasta la plaza del Castillo y me tumbé a la intensa luz de la tarde. Dos españoles que molestaban tontamente a todo el que pasaba me despertaban una y otra vez. Apenas entendía lo que decían, pero algo en el tono me recordaba a los obreros mexicanos con los que había compartido obras durante años en Chicago. Estaba sin blanca y tenía la peor resaca de mi vida, y sin embargo me sorprendí echándome a reír. Los sanfermines tienen la capacidad de hacer que todo el mundo se ría de su propia desesperación. Me puse a hablar con dos chicos y una chica de Madrid. Nos presentamos torpemente y les conté lo que había pasado. Me llevaron con ellos y pronto volvía a estar borracho y recorriendo a trompicones la ciudad, pasando por extensos prados con escenarios levantados entre los árboles y el césped a la sombra de aquellos altos y blancos muros fortificados.

A la mañana siguiente me desperté en un coche desconocido que avanzaba entre cumbres redondeadas de un verde intenso; la luz del sol atravesaba las nubes lobuladas. El pequeño coche ascendía por los Pirineos. Poco a poco recordé que mis nuevos amigos habían planeado que los acompañara a San Sebastián, y después me llevarían a su casa en Madrid, donde me quedaría hasta que saliera mi vuelo. Me sentía abrumado por esta solución instantánea a mi grave situación. Los españoles son gente generosa. A medida que me despejaba a orillas del Atlántico, me di cuenta de que no podía ir a Madrid. Hice de tripas corazón y llamé a casa. Mi padre dijo que me enviaría dinero. Recogí el envío en la ciudad, me despedí de mis queridos nuevos amigos y me subí a un bus con destino a Pamplona.

Fue mi primer intento de mantenerme sobrio durante las fiestas. Fue difícil de cojones. Vagué por la zona buscando un sitio tranquilo donde dormir. Me eché en portales, bordillos y bancos. En Pamplona hace fresco por la noche, incluso en julio, así que pasé mucho frío. La policía me despertaba y me obligaba a moverme. Otras veces eran los fiesteros los que me ofrecían bebida e intentaban levantarme. Durante uno de mis cansados paseos me di de bruces con la estatua de Hemingway, junto a la plaza de toros. Con la barba poblada, tenía aspecto estoico, feliz. A los pies de la estatua hay una pendiente empedrada, que resultó ser un lecho cómodo. Sorprendentemente, nadie me molestó, y dormí bien a los pies de papá Hemingway mientras la fiesta seguía a media manzana de allí.

La obra de Ernest Hemingway me cambió la vida. Me crié en Chicago, en el barrio de Edgewater, donde las drogas y la violencia eran moneda corriente. Mis padres dejaron los estudios a los trece y los catorce años. Eran muy leídos y autodidactas, pero las notas, desde luego, no eran una prioridad en casa. Mamá incluso sobornaba a mis profesores para que yo pasara de curso. Mi hermano era adicto a la heroína y miembro de una banda, y acabó en la cárcel por robo a mano ar-

mada. Una bala perdida disparada desde un coche le dio a mi hermana y casi la mató. Gente a la que quería murió en ajustes de cuentas. Mis padres nos sacaron de la ciudad, pero la ciudad se vino conmigo al barrio residencial. Me expulsaron muchas veces del colegio; incluso le di una patada en las pelotas a un profesor y luego le golpeé la cabeza con una silla. Odiaba las clases y apenas sabía leer. A mitad del instituto, mi profesor de Historia, el padre Peter Hannon, me introdujo en el mundo del boxeo en las Golden Gloves* y le di la vuelta a la situación. Sin embargo, aún tenía que aprobar el curso para acceder a la universidad. Allí decidí ir a la clase sobre Ernest Hemingway del profesor David McGrath. Hasta ese momento nunca había leído una novela de principio a fin. Mi padre insistía en que leyera a Hemingway porque escribía sobre gente como nosotros, pero yo me resistía. Mi interés se despertó cuando supe que Hemingway había ganado el Premio Nobel por escribir sobre pescadores, soldados y boxeadores. El profesor McGrath expuso toda aquella metáfora religiosa en torno a *El viejo y el mar* que me dejó pasmado. Decidí sentarme y leer un libro entero. A medida que recorría los pasillos de la biblioteca de Elmhurst College, mi mente giraba en torno a la magnitud de lo que estaba haciendo. Encontré la primera novela de Hemingway, *Fiesta*, y pensé que podría empezar por ahí. Me senté y me sumergí en la historia. Sus personajes me atraparon enseguida. Sentía que el propio Hemingway asomaba entre las páginas y me hablaba directamente. Mis diecinueve años fueron una época fundamental en mi vida y un momento perfecto para leer aquel libro. Lo leí de una sentada, cautivado por la gran aventura, la fiesta salvaje y los míticos toros. Cuando terminé el libro, después de seis o siete horas de intensa lectura, supe que me había cambiado para siempre. Sabía que debía dedicar mi vida a la literatura y que debía viajar a España, experimentar los

*. Competiciones *amateur* de boxeo en Estados Unidos. (*N. de la t*)

sanfermines y correr el encierro. Como en uno de esos libros de «elige tu propia aventura», quería emprender la mía, con la diferencia de que yo la viviría y la escribiría de verdad.

Me desperté de madrugada, cuando un policía me dio una patada en el pie y se marchó riendo. A cincuenta metros, los obreros estaban terminando de colocar y asegurar el vallado. Me dirigí a Telefónica pasando junto a centenares de hermosas jóvenes españolas. Me detuve en el centro de la calle a verlas pasar, a cruzar miradas con ellas, a decirles «bonita». Algunas paraban y sonreían, otras se reían entre dientes; una me cogió de la mano y trató de apartarme de allí, pero me quedé. Esperé y me preparé para el encierro. No tenía ni idea de que estaba en el lugar equivocado. A medida que se acercaban las seis, la multitud a lo largo de las barreras crecía y los fotógrafos ocupaban sus puestos en las rendijas de los comercios entablados. Avancé por la calle Estafeta. Había cientos de corredores expectantes desperdigados por el estrecho pasaje.

De pronto se formó un cordón policial de la anchura de la calle que avanzaba hacia mí agrupando a todo el mundo. El vallado se abrió en la primera intersección de Estafeta. No podía creerlo. «¿Por qué nos sacan del recorrido? ¡Esta vez lo he hecho todo bien! ¡He llegado aquí una hora antes y sobrio!» Algunos de los aspirantes a corredores se resistieron, y un policía alto de incipiente barba gris golpeó a uno en la cabeza con la porra. El cordón policial nos empujó y arrastró a todos y cada uno a la bocacalle.

Todos nos pusimos muy nerviosos. Corrí por las calles preguntando con prisa: «¿A dónde tenemos que ir para correr?». La gente señalaba en distintas direcciones. Aceleré hasta el final de una calle larga, no encontré salida por la barrera y regresé a todo correr. Atajé por otro callejón que rodeaba un edificio alto, rezando por encontrar una entrada. Agotado, me senté en un portal y me rendí. «Puede que correr el encierro no sea mi destino...» Estaba desolado, quería irme a casa. Algo se acercó

a mí y oí un susurro: «Escucha... Solo escucha». A medida que la respiración se me calmaba, oí conversaciones tensas y una voz por megafonía que cambiaba de idioma cada pocos segundos.

Lleno de curiosidad, seguí el ruido hasta doblar una esquina y ver a mucha gente encaramada al vallado y a otros colgados de él tratando de mirar por encima. Me abrí paso. Unos pocos pasaron por debajo y entraron en el recorrido; la policía detuvo a uno y lo empujó fuera. El agente que más cerca estaba se giró y me deslicé hábilmente por la barrera, como si atravesara las cuerdas de un *ring* de boxeo. Pasé por la segunda valla y me di de bruces contra una densa aglomeración de cuerpos, que me estrujó. La muchedumbre se movía de un lado a otro; llegó un punto en el que me costaba respirar. Todo el mundo parloteaba nervioso. La única dirección en la que se podía mirar era arriba, donde la fachada adornada de un edificio antiguo con un gran reloj se alzaba sobre las cabezas de los numerosos corredores. Me di cuenta de que era el ayuntamiento.

El reloj marcaba las ocho menos veinte. La grabación cambió a inglés y advirtió sobre lesiones graves; si te caes, no te levantes. Los murmullos de la multitud crecieron hasta convertirse en un rugido y después se transformaron en risa. Algunos se tambaleaban borrachos, otros daban terribles consejos a un matrimonio estadounidense junto a mí. Les rebatí, pero ¿qué sabía yo? Era un ciego que guiaba a otros ciegos. A las ocho menos diez, el cordón policial que nos retenía se rompió y la multitud se repartió por la calle.

Caminé media manzana y llegué a una curva cerrada. Detrás del vallado se alzaba una pared de cinco gradas, llenas de cámaras. Fotógrafos de todo el mundo compiten ahí desde las cinco de la mañana por un hueco. Aquello era la Curva, el «Rincón del Hombre Muerto». Recuerdo que en los programas sobre los encierros de la cadena ESPN a principios de la década de 2000 lo llamaban la *Hamburger Wall* y lo describían como el sitio en el que la manada chocaba todas las ma-

ñanas, uno de los más peligrosos para correr. Decidí empezar allí mismo.

Me mantuve firme en la Curva, justo enfrente de la barrera tras la que se posicionaban los fotógrafos. De pronto, un cohete aulló hacia el cielo y explotó a gran altura sobre los rojos tejados de la ciudad. Una ola de salvaje nerviosismo recorrió la calle y de repente dejé de sentirme tan valiente. Crucé al lado interior del giro, donde ya había un puñado de corredores; pronto descubriría que se trataba de un estúpido error. El matrimonio estadounidense apareció y me preguntó: «¿Este es buen sitio para correr?». Me encogí de hombros.

Una segunda explosión retumbó en el cielo, seguida de gritos y vivas desde los balcones y el vallado. Un flujo constante de corredores tomaba la Curva y pasaba junto a mí. Algunos reían, otros gritaban aterrorizados. Un rumor grave y profundo fue creciendo en la distancia; la velocidad y la densidad de la corriente de corredores eran cada vez mayores. Ya solo se veían rostros aterrados acompañados de un grito agudo. El ruido sordo se convirtió en un fuerte retumbar, que resonaba en los adoquines y los edificios. Un gran rayo negro apareció en la Curva. El traqueteo estalló. El tiempo se detuvo. El primer toro golpeó a un corredor con la frente y el hombre flotó un instante sobre el morro del animal con los brazos extendidos. Toros, cabestros y hombres chocaron con gran estruendo contra la imagen de san Fermín que había junto a la barrera de los fotógrafos. Me quedé de piedra. La mayoría de la manada se levantó y continuó, pero uno de los toros se quedó allí y hundió los cuernos en la gente que había caído. La tremenda musculatura esculpida del cuello y el lomo se contraía bajo la piel negra. Con el rabillo del ojo vi un relámpago blanco, y un sonoro cencerro me inundó los tímpanos. Me giré. Un gigantesco cabestro se abalanzaba sobre mí a un brazo de distancia. Salté atrás y apreté las manos contra el flanco del animal. La piel se tensó como la de un tambor. Mis piernas esquivaron sus

pezuñas no sé muy bien cómo. La joven pareja de estadounidenses trotaba de la mano un poco más allá, sin darse cuenta de nada. El cabestro cargó contra ellos y acabaron despatarrados bajo las pezuñas. Gritaban.

El impulso me empujó sobre ellos, pero en el último momento salté y recogí las piernas, de manera que evité darles con los pies por muy poco. Paré y me acerqué a ellos. «¿Estás bien?» Ambos se retorcían en el suelo. Me agaché para ayudarlos cuando el último toro rugió iracundo desde la Curva y levantó la imponente cabeza alzando los poderosos cuernos blancos. Recordé haber oído que un toro suelto es un peligro mortal. Echó a correr y yo me giré y corrí como si me llevara el putito diablo. Por suerte, el animal salió disparado por el otro lado de la calle y la muchedumbre se apartó para dejarlo pasar. Algunos parecían esforzarse por colocarse delante de él y dar varias zancadas a gran velocidad antes de hacerse a un lado. Yo seguí corriendo adelante, al principio aterrorizado; pero, a medida que la multitud se dispersaba, recordé que después del encierro soltaban vaquillas en la plaza del final del recorrido y aceleré en dirección al ruedo. Cuando llegué al túnel de entrada, varios policías estaban cerrando los enormes portones rojos. Un grupo de personas luchaba por atravesar la rendija que quedaba abierta y yo me sumé. Entonces los policías sacaron las porras y zurraron a los de delante. Me rendí. Otro cohete explotó sobre la plaza y una ola de gritos y aplausos recorrió la ciudad entera. Yo grité también y me agarré a la gente que tenía alrededor. «¿Has visto eso? ¿Lo has visto?» Me ignoraron entre risas. Me di cuenta de que aquello iba más allá de cualquier experiencia individual, de que todos lo habíamos compartido. Entonces la alegría volvió a transformarse en alarma. Un gran estruendo de gritos y cencerros se acercaba y yo no tenía a dónde ir, así que escalé el vallado justo a tiempo. Cuatro cabestros pasaron bajo mis pies a toda velocidad, y las puertas de la plaza se abrieron para dejarlos entrar. Me bajé de

un salto. La policía trataba de cerrar las pesadas puertas. Otros corredores intentaban entrar a empujones; yo corrí, clavé el hombro en las espaldas de los otros y nos abalanzamos al oscuro túnel. La policía cerró los portones y nosotros trotamos entre risas por el pasadizo. Entonces pisé por primera vez la arena blanca de la plaza de toros. La intensa luz de la mañana cayó sobre mí como una cálida ola. La plaza entera, hasta la bandera, aplaudió en pie a los cientos de corredores. Después la ovación se transformó en canciones en español. Completos desconocidos se abrazaban en el ruedo, otros levantaban los brazos como gladiadores victoriosos. Yo caminaba eufórico y mudo de asombro entre aquel caos endiablado.

Entonces varios policías nos llamaron para que fuéramos a la puerta de un corral y me acerqué. Nos indicaron con gestos que nos arrodilláramos y unos cincuenta lo hicimos. Me puse de rodillas en la parte trasera de un grupo de hombres y mujeres en forma de caparazón, que no daría a los animales otra opción que saltar la formación o atravesarla para salir del corral. Estábamos jodidos y lo sabíamos, pero con todo intercambiamos sonrisas y palmaditas en la espalda.

Se abrió una puerta roja, que dejó al descubierto un hueco negro. Algo se agitaba en la oscuridad. El miedo me puso en pie, pero me avergoncé de mi cobardía y volví a arrodillarme con mis nuevos amigos. Delante del todo, un hombre se levantó e hizo señas para que el animal invisible saliera. De pronto, aparecieron los cuernos de la vaquilla, con las puntas protegidas con corcho y cintas de cuero marrón. Corrió y saltó sobre las tres primeras filas de gente arrodillada y aterrizó con fuerza sobre la cuarta y la quinta. Hundió las pezuñas en hombros y espaldas; un joven gritó, se retorció y se abalanzó sobre mí; el animal nos pisoteó para salir de allí. Me levanté y retrocedí. La vaquilla hundió la cabeza, deslizó un cuerno entre las piernas de un chico y lo levantó por los aires. Este giró de lado y aterrizó sobre el hombro. El animal salió dis-

parado a través de la multitud y volteó a otro mozo. Cientos de personas corrían por la arena para ponerse a salvo, algunos incluso se encaramaron a las paredes del coso. Yo me movía a toda velocidad para intentar evitar el peligro.

A medida que pasaban los minutos, me di cuenta de que algunos corrían hacia la vaquilla. No entendía por qué, así que me acerqué a ver. Se arrimaban a toda velocidad, le daban una palmada en el culo y salían disparados cuando la vaquilla intentaba responder. En ese mismo momento supe que tenía que hacerlo, aunque no me había fijado en el grupo de españoles que justo después daba una paliza a cualquiera que tocara al animal, porque hacerlo estaba terminantemente prohibido. Así que concebí mi plan: correría directo al culo y lo golpearía pasando a toda velocidad. Era un buen plan, lo más sencillo y seguro posible. Respiré hondo y eché a correr atravesando el enjambre de personas; a medida que me acercaba, la multitud disminuía. Cuando me incliné sobre la vaquilla, me vio con el rabillo del ojo. Extendí la mano para golpearla, pero se giró y los cuartos traseros quedaron fuera de mi alcance. Seguí corriendo y salí de su campo de acción. Desanimado, me recompuse y la enfilé de nuevo. Cuando pasé a su lado, se giró de nuevo y di un tortazo al aire.

¡No quería que se llevaran la vaquilla antes de haberle dado una torta en el culo! Entonces me di cuenta: debía acercarme despacio, a hurtadillas, o enfrentarme a ella directamente. Me animé y caminé lentamente con las rodillas dobladas y de puntillas, listo para esquivarla o salir disparado. Me acerqué por su flanco mientras ella perseguía a otro mozo, y casi podía alcanzarla cuando me vio. Se enfureció y se revolvió contra mí.

Retrocedí de un salto y choqué contra otro tipo que se acercaba sigilosamente detrás de mí. Nos agarramos el uno al otro y recuperamos el equilibrio. La vaquilla se giró a otro corredor y su enorme trasero peludo, salpicado de excrementos, quedó a mi lado. Me preparé, salté hacia ella y le di un azote con la pal-

ma de la mano. Dio un bramido agudo y se giró hacia mí. Me di la vuelta y salí disparado. Otro mozo echó a correr detrás de mí y me golpeó con el hombro. Salí volando y caí boca abajo. Mientras descendía, levanté las manos, me incliné abajo y me di un fuerte golpe contra la arena. El impacto me catapultó y seguí avanzando. La vaquilla corría furiosa a mis espaldas; yo me arrastré hasta la pared y salté de cabeza. Pasé por encima de la gente alineada en la parte exterior del vallado. Mis muslos chocaron contra sus cabezas y sus hombros. Algunos me agarraron las piernas y aterricé con las manos en el frío cemento. Se me salió el hombro y rodé por el suelo entre las risas de los demás. Lo del hombro era una antigua lesión de fútbol americano; volvió a su sitio él solo. La adrenalina que me recorría el cuerpo evitaba que sintiera dolor alguno. Decidí que había cumplido y que no volvería a entrar. Rodeé el coso y salí de la plaza por el mismo túnel por el que había entrado.

Una vez fuera, caminé con una determinación desacostumbrada. La energía explosiva de la agitación me latía en las manos y los hombros, me palpitaba bajo la piel. Por la mente me pasaban imágenes vívidas de los sucesos de la mañana que me hacían proferir gritos y carcajadas mientras avanzaba respirando el aire matutino de Pamplona. Toda una inmensa plaza de toros acababa de animarme mientras cometía un acto atrevido sobre la misma arena en la que los matadores y los toros bailaban y morían. Aún me preguntaba si había sido real, si en este mundo moderno dominado por las series de televisión y la cultura del McDonald's era posible que existiera un lugar en el que cualquiera pudiera presentarse y participar de aquella épica tradición salvaje. Me pellizqué de verdad. La televisión no hace justicia a la imagen en primer plano de esos toros gigantes. La cabeza llega a la altura de los hombros, son increíblemente anchos y la inmensa musculatura esculpida les abomba el cuello, el lomo y el morrillo. Son enormemente rápidos, ágiles y poderosos. Me pregunté si habría muerto alguien esa mañana.

No era así, pero habían hospitalizado a varios corredores. En ese momento no lo sabía, y más tarde me daría cuenta de que no sabía nada sobre aquella experiencia a la que acababa de sobrevivir. Durante los años siguientes me convertiría en guía del encierro y sentiría cada vez mayor indignación por aquellos que iban a los sanfermines sin saber nada. Más adelante me daría cuenta de que era mi deber informarlos.

Me dirigí a una cafetería situada en una de las grandes rotondas que caracterizan la parte moderna de Pamplona. El alargado espacio estaba repleto de gente de la zona que fumaba cigarrillos y puros mientras bebía café. Encontré un hueco en la barra, me acerqué y pedí. Un tipo de pelo blanco con una cámara al cuello se me colocó al lado y comenzamos a charlar. Se llamaba Ned y era un fotoperiodista de Londres; le dije que era escritor. Me preguntó si había corrido esa mañana y yo me miré los zapatos. Una capa de arena blanca me cubría los bajos de los vaqueros.

Ned me preguntó con avidez qué había pasado, y se lo conté mientras bebíamos un fuerte café español.

—¡Tienes que escribirlo! —insistió.

Yo me reí, pero después consideré la idea. Me habló sobre los corredores profesionales, un término que ningún corredor serio utilizaría jamás, pero Ned también estaba aprendiendo. Además, me explicó en qué consistía correr entre los cuernos, la forma en que los mejores corredores españoles habían corrido durante siglos. Estos conceptos acabaron con mi idea de que esta experiencia se vivía una vez en la vida. Había una larga tradición de corredores extranjeros que todos los años viajaban de cualquier parte del mundo a España para correr. Algunos se convertían en leyendas.

—Yo saco las fotos y tú escribes. —Ned me dio una palmada en la espalda—. Lo colocaremos en alguna publicación grande, ya lo verás.

En aquel momento yo aún no había publicado nada aparte de mi pequeña revista universitaria y un par de desconocidas

páginas webs. Me dije: «¡Qué cojones!, ¿por qué no?». Caminamos hasta la plaza del Castillo, donde los corredores se reunían después del encierro. Allí encontramos a unos treinta estadounidenses, ingleses, escoceses e irlandeses rondando delante de un bar llamado Txoko. Les hice preguntas estúpidas como «¿Eres un corredor de encierros profesional?» mientras tomaba notas frenéticamente en la pequeña Moleskine que me había metido en el bolsillo trasero. La gente sencillamente se me reía a la cara y se marchaba. No tenía ni la menor idea de nada. Por fin un escocés corpulento de pelo blanco y barba puso los ojos en blanco y me respondió. Le pregunté por las vacas que acompañaban a los toros y se echó a reír.

—Por esa calle no pasa ni una sola vaca, tío.

—Yo he visto vacas.

—No, no has visto vacas; has visto cabestros.

—¿Qué es un cabestro?

—Un toro al que le han cortado las joyas de la corona —dijo mientras yo tomaba notas, aplicado. Y así comenzó mi lenta y dolorosa educación sobre el encierro. El escocés se llamaba Graeme Galloway, era un veterano con más de veinte sanfermines a sus espaldas y durante la siguiente década se convertiría en uno de mis mejores amigos.

Matt Carney fue el primer americano en entrar en la lista de los cinco mejores corredores de un periodo de veinte años. Por aquel entonces era el único no español que había logrado semejante hazaña. Los españoles lo aceptaban como uno de los suyos. Antes de morir de cáncer en 1987, Matt pidió que la habitación que tenía en el centro de la ciudad se abriera a cualquier joven que se acercara al grupo. Pidió a sus amigos que acogieran a ese joven en el grupo y que, si no tenía dónde quedarse, le dejaran utilizarla gratis.

Tras mi incómoda presentación a los corredores extranjeros serios, prácticamente me tacharon de pirado que se creía periodista. Lo cierto es que era un juicio bastante acertado.

Después de aquello merodeé alrededor de aquel grupo con melancolía. Los observé beber y comer hasta bien entrada la noche en la pintoresca plaza del Castillo, en torno a las mesas y las sillas metálicas, delante del bar Windsor. Me apoyé en los arcos de piedra para apreciar la labia inglesa. Me pregunté si serían descendientes de la época de Hemingway y ensayé mentalmente lo que les habría dicho a los nietos del escritor: «La obra de vuestro abuelo me cambió la vida». Me pregunté si serían escritores; algunos lo eran. La mayoría descendía de la época de James Michener, que escribió el ensayo *Iberia* a finales de los años sesenta, en el que dedicaba unas cuantas páginas a San Fermín. Más adelante, Michener publicó *Hijos de Torremolinos*, una crónica ficticia de varios personajes de la Pamplona de la época. Harvey Holt era una encarnación parcial del buen amigo de Michener, Matt Carney. Por aquel entonces, merodeando entre las sombras de los arcos de piedra, no sabía nada de la historia de Michener en los sanfermines. Sintiéndome solo, observé a esos personajes de *Fiesta* y me pregunté de qué estarían hablando. Me ahuyentaron varias veces tomándome por un carterista que los acechaba y nunca me ofrecieron la habitación de Carney. Puede que un tipo llamado Jim lo hiciera y yo la rechazara porque no quería caridad; la verdad es que no me acuerdo...

Dormí en mi frío lecho de piedra a los pies de Hemingway y a la mañana siguiente corrí. Esa vez me fue mejor y avancé con la manada por la primera mitad de Estafeta, siempre a más de unos tres metros. Ned insistió en que viera un encierro, y decidí hacerlo a la mañana siguiente.

OBSERVACIONES

Deambulé entre el denso tráfico matutino de corredores buscando un lugar para ver el encierro. Finalmente acabé en la Curva, donde, sobre la valla contra la que los toros chocaban

casi todas las mañanas, colgaban dos pequeños balcones vacíos con ventanas de madera cerradas. Escalé mientras los fotógrafos y los equipos de televisión se colocaban en las gradas. Primero me puse de pie sobre la valla y me agarré a los barrotes de acero del balcón más cercano. Después subí a pulso y me metí en él. Algunos de los que me observaban aplaudieron. Sonreí y saludé, y traté de ponerme cómodo.

Yo aún no lo sabía, pero los toros de aquel día eran especiales. Venían de una finca llamada Jandilla y, aunque todavía no era muy famosa, esta ganadería había comenzado a dejar huella en Pamplona el año anterior. Los Jandilla eran inmensos y musculosos, como la mayoría de los toros de estas fiestas, pero su velocidad era asombrosa y eran extremadamente feroces. La mañana del 12 de julio de 2004 asestaron veinte cornadas, y ocho las recibió un corredor llamado Julen Madina, que para entonces ya se había convertido en uno de los mejores de todos los tiempos: llevaba más de treinta años cogiendo toro. Coger toro consiste en guiar al animal corriendo delante de su cara y sus cuernos. Si se hace bien, el animal te acepta como guía y te sigue calle abajo. Madina era famoso por haber cogido toro una mañana desde la Curva hasta la plaza, casi cuatrocientos metros con la manada; una proeza sobrehumana. Después de aquello, la prensa lo incluyó en el grupo de los «divinos», mozos que corren con una elegancia y una valentía extraordinarias. Si repasas las grabaciones de las últimas décadas, lo verás en la mayoría de las mañanas de Pamplona, de blanco, con la cabeza afeitada y pequeños pendientes de aro en ambas orejas, corriendo el final del encierro y llevando los toros a la plaza.

La situación más peligrosa de los encierros se conoce como «montón». No hay nada que los mozos que corren cerca de la plaza teman más que un montón grave. Cuando eso sucede, a menudo se producen muertes y centenares de heridos. Una persona se cae en el túnel, varias caen sobre ella, una avalan-

cha de cuerpos se desploma en el suelo y el estrecho pasaje queda bloqueado. Cuando la manada alcanza el tapón, trata de atravesarlo a embestidas, lo que provoca cornadas, roturas de huesos y ahogamientos en aquellos que han tenido la mala suerte de quedar debajo. Y a veces los mozos mueren ahí abajo, en la oscuridad, bajo el enorme peso y la presión que se ejerce.

Aquella mañana de 2004, cuando los Jandilla se acercaban al coso, se formó un montón espantoso en el túnel. El grueso de la manada lo rodeó y atravesó el túnel, pero los toros descolgados se cayeron. *Triguero*, un inmenso toro negro azabache, sacó a Julen Madina del montón y lo empitonó repetidas veces. Una grave cornada cerca de la columna casi lo mató. Un toro castaño con manchas llamado *Zarabrando* se giró y corneó a varios de los caídos. Años más tarde, el propio Julen me contaría con horrorosos detalles lo que sucedió aquella mañana.

—Corría con los Jandilla como cualquier otro día. Bajaba por el tramo de Telefónica y había muchísimas personas. El encierro estaba siendo muy sucio, mucha gente se caía y se me cruzaba. No veía a los toros, y tenía uno a la espalda, muy cerca. Trataba de mantener el control, tenía que mirar abajo constantemente para medir el espacio. Vi que a la izquierda del túnel se estaba formando un gran tapón; los corredores se tropezaban y se apilaban. Decidí ir por la derecha para evitar los problemas y entré por ese lado con un toro justo detrás.

»Lo que no había visto es que detrás de aquel primer montón había un segundo, y caí directamente sobre él. El toro [que llevaba detrás] era muy agresivo, así que en cuanto me caí me embistió. Me levantó por el cinturón y me sacudió con fuerza. Intenté agarrarme la hebilla para quitármelo, pero no pude, de forma que el toro siguió meneándome hasta que me dejó caer. Aterricé sobre un grupo de gente y me quedé inmóvil, porque sabía que habría muchos gritando y el toro levantaría la cara y se marcharía. O eso esperaba. Sin embargo, se quedó donde estaba y siguió empitonándome. Todo duró veintidós

segundos, y nadie consiguió apartar al animal. Aparte de las cornadas, recuerdo un ruido como de cuchilladas.

»Entonces la bestia me enganchó del glúteo y me elevó con el cuerno. Después me dejó caer y sentí un dolor intenso. También me llamó la atención el bramido del toro, cómo bufaba, la energía con la que me atacaba. Oía sus pezuñas contra el suelo. Estaba boca abajo y quieto quieto. Me dio una paliza monumental. Me quedé en el suelo, machacado, y recuerdo que pensé: «Veo la calle, así que el montón se está abriendo. Lo que no ha hecho el toro lo hará la gente. Está llegando una avalancha y va a acabar conmigo. Me van a pisar y aplastar».

»Así que me arrastré y me metí en la gatera (una abertura en la parte inferior de la pared del túnel) esperando que la ayuda llegara pronto. Recuerdo que me estaba durmiendo por la pérdida de sangre y que me hablaba a mí mismo sin parar. Me obligué a respirar despacio, porque pensé que si respiraba lentamente la sangre también se ralentizaría. Un pulso rápido acelera la circulación y te desangras antes. Pensé: «Si esto tenía que pasar, este es el mejor lugar, aquí en Pamplona. Tienen los mejores médicos y los mejores recursos. Te ayudarán. Espera tranquilo». Entonces oí voces y vi a los de la Cruz Roja. Me arrancaron la ropa y me hicieron un torniquete. Uno apretó el puño contra la herida de la pierna izquierda para frenar la hemorragia. Me llevaron al patio de caballos y me operaron en la enfermería de la propia plaza.

Julen nunca guardó rencor al animal que lo corneó. Más adelante afirmaría que había pagado un precio pequeño a cambio de todas las alegrías que le habían dado los toros. Se recuperó rápidamente y un día antes de que se cumpliera un año, el 11 de julio de 2005, se estaba preparando para correr la misma mañana en la que yo estaba agazapado en el pequeño balcón sobre la Curva.

Cuando llevaba unos veinte minutos allí, una mujer me vio desde el balcón de enfrente y llamó por teléfono. Cinco minutos después, la ventana se abrió y un señor mayor y un agente

de policía me escoltaron a través de un bonito apartamento hasta la calle, donde retomé la búsqueda. Recorrí apresurado Estafeta preguntando a la gente si podía verlo desde su balcón. No tenía ni idea de que los balcones, en su mayoría, cuestan cincuenta euros por plaza; yo agitaba un billete de diez y suplicaba. La policía empezó a desalojar la calzada; los agentes se acercaban a donde yo estaba, a media manzana de la Curva. Crucé la mirada con una mujer mayor cuatro pisos más arriba y le imploré. Desapareció del balcón y, justo cuando la policía empezaba a empujarme calle arriba, apareció en el portal y me hizo señas para que entrara. Me llevó arriba y salí al balcón, detrás de unos niños, a esperar. Tenía una vista perfecta de la Curva. Mis amables anfitriones me ofrecieron vino y comida a pesar de no poder comunicarse conmigo. Sus sonrisas me hicieron sentir como en casa.

Le agradecí a Ned que me hubiera convencido para ver el encierro. Esta perspectiva me dio una visión completamente nueva. Me di cuenta de la locura que había cometido quedándome en el interior de la Curva, ya que no veía la manada acercándose. Había varios corredores insensatos reunidos allí y al otro lado vi un grupito con camisetas de colores estrechándose las manos con firmeza y abrazándose. Entonces pasaron por allí varios hombres con varas de sauce finas y camisetas verdes en las que se leía PASTORES: eran los pastores oficiales de Pamplona. Se detuvieron y se abrazaron a todos los miembros del grupo del portal. Uno calvo con gafas y un jersey verde y rojo muy llamativo saludaba a todo el mundo con interés y entusiasmo. Más adelante me enteraría de que era estadounidense, se llamaba Tom Turley y se había hecho un nombre como corredor la misma mañana en que *Trigueño* casi había matado a Julen Madina en el túnel.

En 2004, los Jandilla engancharon y cornearon a varios corredores en la parte inicial del encierro, pero cuando llegaron a la Curva chocaron con fuerza y la manada se separó. La mayoría de los animales continuó calle arriba, mientras que *Trigueño* y

Zarabrando se quedaron atrás. Turley citó a *Zarabrando* con un grito y llevó al morlaco de manchas marrones un buen trecho a lo largo de Estafeta. Así lo mantuvo en movimiento e impidió que se detuviera y atacara a otros mozos. A pesar de toda la sangre que los Jandilla habían derramado el año anterior, aquella parecía otra mañana cualquiera en Pamplona, sin nada especial.

Ya estaba en el balcón cuando el cohete se elevó hacia el cielo en la distancia y explotó. Un rugido festivo recorrió las calles, y unos treinta segundos más tarde un río de cuerpos doblaba la esquina. Hubo una gran oleada, y después un momento de calma antes del embate final. Los toros aparecieron y chocaron contra el vallado. Tres cayeron unos sobre otros y cuando se levantaron se giraron en dirección contraria y persiguieron a varios corredores. Uno desapareció por Mercaderes y dos siguieron corriendo por Estafeta. El último, un astado negro azabache de morrillo ancho e inmenso, y cuello abultado llamado *Vaporoso*, se quedó allí, desconcertado. Tom Turley apareció y llamó a la bestia, que cargó contra este y lo siguió durante casi treinta metros. Cuando lo alcanzó, el corredor se hizo a un lado y *Vaporoso* continuó su carrera. Vi a un hombre corpulento que corría delante de él. El animal lo escogió de entre docenas de mozos y aceleró. El hombre, que se llamaba Xabier Salillas, corrió con todas sus fuerzas hasta que las piernas comenzaron a fallarle. Alargaba las zancadas desesperadamente a medida que el toro se acercaba y finalmente se desplomó en un portal justo enfrente de mi balcón. Me agarré a la barandilla y me asomé por encima de las cabezas de los niños; una de las pequeñas gimoteó y se echó a llorar al ver el alboroto. Habría unas cien personas al alcance de *Vaporoso*, pero el animal se detuvo, se cernió sobre Salillas, le hundió el cuerno en el vientre, lo levantó y lo estampó contra los tablones que protegían una tienda. Salillas resbaló del cuerno y cayó al suelo. *Vaporoso* lo empitonó en el muslo, lo

empujó contra la pared y siguió corneándolo con violencia. Los cuernos desgarraban la tela y la carne.

«Lo está matando.» Había visto muertes horribles antes y estaba seguro de estar presenciando otra. Una impotencia aterradora me oprimió el corazón como una garra enorme. El tiempo pasaba a cámara lenta. El horror inundó mi campo visual y me moría por ayudar. Ni siquiera se me pasó por la cabeza correr escaleras abajo y cruzar la calle. Entonces un hombre con camiseta a rayas moradas apareció detrás de *Vaporoso* y le agarró la cola. Más adelante me lo presentarían como Miguel Ángel Pérez, uno de los grandes mozos de Estafeta. Pérez sujetó al toro, que dejó de atacar a Salillas y miró atrás para ver quién le tiraba de la cola. Para mi sorpresa, Salillas, bañado en la sangre de al menos cuatro heridas abiertas, aprovechó la oportunidad para alejarse a rastras por la calzada. *Vaporoso*, a pesar de los cientos de personas a su alrededor intentando distraerlo, se giró hacia Salillas y lo siguió. Pérez lo sujetó y el astado lo arrastró con él.

El toro se retorció para ver al enemigo que le agarraba la cola y después miró al otro extremo de la calle, por donde habían seguido sus hermanos, y oyó los gritos y el caos que provocaban a su paso. Se volvió a ellos y, cuando lo hizo, Miguel Ángel le soltó el rabo, le pasó a toda velocidad junto al morro y lo alejó por Estafeta. Entré en el piso y vi en la televisión como *Vaporoso* levantaba a un hombre por los aires y continuaba por el túnel hasta el albero, donde tropezó con un último mozo que corría sin rumbo por la arena, al que embistió y volteó.

Corrí escaleras abajo y me encontré con una docena de sanitarios alrededor de Salillas, al que ya estaban atando a la camilla. Pregunté una y otra vez «¿está muerto?, ¿está muerto?», pero nadie parecía saberlo. Llegó la ambulancia y me marché de allí en busca del hombre que había acudido en auxilio del corredor. No recibí muchas respuestas y hasta el día siguiente no supe que Salillas había sobrevivido, cuando lo vi en la portada del

periódico local, todo escayolado en una camilla con los pulgares levantados dirigidos al cámara y a todos los sanfermines.

Abrumado, dediqué el resto de tiempo que pasé en Pamplona a reflexionar sobre lo que había presenciado. Sentado en la plaza del Castillo bebiendo San Miguel, repasé mentalmente las imágenes y algo me hizo clic. A vista de pájaro me di cuenta de que esto iba más allá de la simple emoción, del subidón, de que había una lógica detrás de esta locura. Vi que era un arte elaborado, una hermandad ferozmente leal, una ciudad donde la elegancia y la heroicidad se fundían en el momento en que las circunstancias lo requerían. Presenciarlo era todo un honor. Quería conocer a aquellos hombres y estrecharles la mano y saber qué se sentía siendo uno de ellos. Me sentí culpable por no haber ayudado a Salillas. Quería compensárselo a él y a todos los que acudieron en su auxilio. El resto de los días también corrí. Cuando mi autobús salía de Pamplona, supe que volvería.

En el pasado fui campeón de las competiciones de boxeo *amateur* Golden Gloves de Chicago y viajé por buena parte del mundo con los gastos pagados. Llegué a un nivel en el que si no te dedicas plenamente al entrenamiento, tu oponente puede hacerte mucho daño. La bebida, las drogas y las peleas callejeras me estaban destrozando la vida, estaban empezando a pasarme factura, y como resultado recibí un par de palizas graves en el *ring*. Muchos entrenadores y profesionales me dijeron con franqueza que tenía el potencial para convertirme en un boxeador de éxito. Y lo que es más importante: en el fondo yo también lo sabía. Pero dentro tenía algo roto que no acertaba a explicar, algo con lo que había nacido. Ese defecto genético, sumado a la fiesta, logró apartar el boxeo de mi vida, y nunca lo he superado. La obsesión por el encierro sustituyó a la del boxeo, y toda mi pasión y mi rabia se las dediqué a él.